

## LA CUESTION EXTRANJERA.

*Chihuahua, Diciembre 31 de 1864.*

Mas afortunados ahora que en los meses anteriores, tenemos abundantes noticias de interes, sobre las que podemos entrar en importantes consideraciones.

El despotismo europeo, amenazado de muerte por el progreso del presente siglo, levanta todavía la cabeza, queriendo ántes de sucumbir devorar nuevas víctimas. El vigor de que está aún dotado, le permite presentarse de nuevo con carácter formidable, porque si bien es ya imposible su triunfo definitivo, posible le es y hasta fácil sostenerse por algun tiempo mas, y reproducir los estragos que ha ocasionado tan á menudo.

Nos sugiere estas observaciones la formacion en Kissingen de una nueva Santa Alianza, entre la Rusia, la Prusia y el Austria. Aunque el pacto ha tratado de envolverse, como es natural, en las sombras del misterio, no ha logrado ocultarse á la perspicacia de los que están á la mira de los acontecimientos, los cuales están revelando la existencia de la tenebrosa trama urdida por los tres retrógrados ministros, Gortschakoff, Rechberg y Bismark. Al conocimiento adqui-

rído prontamente por Napoleón III de la realidad de la combinacion, se atribuye el plan que formó desde luego de oponerse á los proyectos de las cortes aliadas, por medio de otra liga de las potencias occidentales de Europa. Explicase así el inesperado cambio de política en la cuestion italiana, manifestando con el significativo hecho de la convencion firmada con Víctor Manuel para la evacuacion de Roma; extendiéndose la misma explicacion á otros actos recientes, tales como el del anunciado viaje á Francia de Kossuth y de Klapka; el del suntuoso recibimiento hecho últimamente en Paris al príncipe Humberto, heredero del rey de Italia, y al rey de España D. Francisco de Asís, personaje bien conocido por su completa nulidad política, en virtud de la cual no ha representado hasta aqui otro papel que el de marido de la reina.

Asegura la crónica maliciosa, que ántes de decidirse Napoleón á tomar el partido que hemos indicado, procuró ponerse de acuerdo con los soberanos, representantes natos del retroceso, á cuyo fin mandó á la emperatriz Eugenia á las aguas de Shwalbach, aunque otros atribuyen el viaje á los celos causados por una favorita llamada Margarita Bellanger, de cuyos imperiales amores habla ya toda la Francia. Segun la primera version, la mision de Eugenia fracasó completamente, pues si bien recibió las visitas del czar y del rey de Prusia, el carácter que tuvieron de simple cortesía frustró el pensamiento del emperador de los franceses, quien entonces fué cuando se resolvió á contrariar las miras de las potencias del Norte. Ignoramos si las entrevistas que tuvo despues en Niza, el 27 y 28 de Octubre, con Alejandro de Rusia, y el haber sido reemplazado el ministro austriaco Rechberg por el conde Mensdorf, habrán modificado su resolucion.

A nosotros, que venimos siguiendo paso á paso la política napoleónica, nada nos extraña ya de cuanto pueda hacer el veleidoso monarca, cuyo reinado ha sido un continuo tejido de contradicciones. Le veremos, pues, sin asombro sostener hoy los principios liberales, que atacaba ayer, y que volverá á atacar mañana, si así conviniere á su interes del momento. La esfinge coronada del siglo XIX lleva traza de ser, hasta el fin de su vida, un impenetrable logogrifo, que ningun Edipo acertará á descifrar jamás.

Suponiendo cierta la decision que se le atribuye con generalidad, pudiera resultar muy bien de ella ese conflicto europeo, anunciado sin interrupcion hace ya tanto tiempo, y que no acaba sin embargo de estallar. No sabemos hasta qué punto volverá el egoismo de ciertos gobiernos á embrazar la marcha natural de los acontecimientos; pero lo que sí nos parece fuera de duda es, que el propósito renovado ahora de contrariar abiertamente la conservacion y desarrollo de los principios liberales, no puede ménos de encontrar enérgica y victoriosa resistencia en los pueblos no conformes con quedar otra vez sujetos al yugo que han sacudido á costa de sacrificios inmensos.

Cualquiera que sea el verdadero origen del tratado relativo á la evacuacion de Roma, la importancia de ese nuevo giro de la política francesa ha hecho del asunto el tema favorito de toda especie de comentarios. La convencion franco-italiana á que nos referimos se firmó en Paris el 15 de Setiembre, por el ministro de negocios extranjeros de Napoleón, Drouyn de L'huy, y por el caballero Nigra y el marques Pépoli, plenipotenciarios de Víctor Manuel. Los puntos estipulados fueron: que la Italia se compromete á no atacar el territorio actual del Santo Padre, y á no permitir que otros lo ataquen: que la Francia retirará sus tropas de

los Estados pontificales, gradualmente, á medida que se vaya organizando el ejército del Papa, debiendo sin embargo quedar terminada la evacuación dentro de dos años: que el gobierno italiano no se opondrá á la organizacion del ejército papal, aun cuando se componga de voluntarios católicos extranjeros, siempre que esa fuerza no degenera en medio de ataque contra el mismo gobierno: que la Italia entrará en arreglos para tomar sobre sí una parte proporcional de la deuda de los antiguos Estados de la Iglesia: que dentro de seis meses se trasladará á otra parte la capital del reino de Italia; y que tanto ese plazo como el de los dos años para la evacuacion del territorio pontifical, se contarán desde la fecha en que se decretó la traslacion.

Examinando atentamente los artículos del convenio, fácil es conocer que se trata de una de esas medidas á medias, con las que quedan sin resolver todas las cuestiones pendientes. El plazo de dos años es tan largo, que ántes de que se venza, pueden y deben ocurrir sucesos que nulifiquen enteramente esta estipulacion. La formacion de un ejército de aventureros para que reemplacé al frances, será probablemente un semillero de disputas, por no fijarse la fuerza de que se ha de componer, á fin de que se le considere suficiente para conservar la autoridad del Santo Padre, y la tranquilidad de sus Estados, sin llegar á ser un amago contra la Italia. Napoleon vuelve á desmentir, con otro acto de su gobierno, la famosa promesa de que la Italia seria libre hasta el Adriático. Víctor Manuel, por su parte, parece renunciar á la adquisicion de Roma y de Venecia, contrariando así el deseo mas vivo de sus súbditos.

No obstante lo fundado de estas observaciones, el carácter que comunmente se ha dado á la convencion franco-italiana, es el de un paso en sentido liberal, con el que se ha

producido fundada alarma en todos los gobiernos inclinados al absolutismo. El pontifical, al que ni siquiera se tuvo la urbanidad de consultar en un negocio que le interesa tan de cerca, no ha quedado conforme con un arreglo que sanciona lo que él llama el despojo de su antiguo territorio, y que lo deja expuesto, por mas que se aparente lo contrario, á pérdidas posteriores. El gobierno austriaco tampoco ha visto con buenos ojos un convenio en que resulta perjudicado, por tender á reanimar la esperanza de la unidad italiana; y por eso se asegura que iba á protestar formalmente contra lo estipulado, que resfriará sus relaciones con Francia, aun cuando no se llegue á medidas extremas. El gobierno español se ha mostrado igualmente disgustado de una combinacion encaminada, en su concepto, á la destruccion del poder temporal de los Papas.

La noticia de la traslacion de la capital de Italia á Florencia produjo el mas vivo desagrado en Turin, descontento naturalmente de perder el rango que ha tenido hasta aquí. Un serio motin popular sirvió para expresar el descontento público, reasumido en el grito de "Turin ó Roma: viva Garibaldi." En efecto, la única consecuencia lógica de cuanto la revolucion moderna ha proclamado en Italia, es la de que sea Roma la capital del nuevo reino, como lo ha declarado ya el parlamento italiano. La asociacion del nombre de Garibaldi es hija del convencimiento de que ese hombre es la representacion viva de la verdadera política del país, leal y franca, mientras que la tortuosa de Víctor Manuel sigue justificando que no tiene derecho á otro título que al que comunmente se le da de prefecto frances.

Aunque fué prontamente reprimido el movimiento de Turin, dió lugar sin embargo á un cambio de ministerio, encargándose la formacion de otro al general La Marmora, bien

conocido por su energía contra los revolucionarios. El programa del nuevo gabinete estribó en el compromiso de acatar la resolución del parlamento italiano, convocado para el 24 de Octubre.

Verdad es que, con excepción de Turin, en las demás partes de Italia ha sido bien recibida la conveucion del 15 de Setiembre; pero esto depende, no de que se la considere en sí satisfactoria, sino de que es estimada como un trabajo preparatorio para mas grandiosos fines, cuales son la unidad de la Italia y el término del poder temporal del papado.

Aunque el gabinete frances ha intentado hacer creer, que el móvil de su determinacion, en negocio de tanta importancia, ha sido simplemente el de la resolución de Víctor Manuel de trasladar la capital de su reino á un punto mas central que Turin, desde luego se comprende que no puede ser cierto que tal circunstancia explique un cambio repentino de política, especialmente si se advierte que el peligro de que Pio IX no sea respetado en Roma, crece forzosamente á medida que mas se acerque á esta ciudad el gobierno italiano. Mas franqueza se advierte en la nota dirigida por Drouyn de L'huy's al conde de Sartiges, embajador de Francia cerca de la Santa Sede. Despues de expresarse en esa nota, que ya se ha tratado varias veces de la evacuacion estipulada últimamente, se dan razones contrarias á la ocupacion. La principal es, que constituye un acto de intervencion, opuesto á uno de los principios fundamentales del derecho público frances, y tanto mas difícil, cuanto que el auxilio dado al Piamonte tuvo por objeto libertar á la Italia de la dominacion extranjera.

Seanos permitido, ántes de pasar adelante, admirar el descaro con que el emperador Napoleon y sus dignos ministros dicen y hacen á la vez las cosas mas contradictorias, no solo

sin cubrirse de vergüenza, sino con todo el aplomo que pudiera tener el gobierno mas justificado. Si se declara hoy de nuevo que el principio de no intervencion es uno de los fundamentales del derecho público frances, no sabemos en verdad cómo explicarán el cínico Drouyn de L'huy's y su soberano la intervencion francesa en Roma, prolongada por tantos años, y cuyo término todavía se dilata por otros dos; y la intervencion francesa en México, de la que ni siquiera se dice cuándo acabará. Si no contento el gobierno de Napoleon III con proclamar teóricamente el principio de no intervencion, ayudó con sus armas al Piamonte para libertar á la Italia de la dominacion extranjera, derecho de sobra tenemos los mexicanos para preguntar á ese gobierno, símbolo de la mentira y de la contradicción, por qué esas mismas armas, libertadoras de la Italia, han venido á México con el fin enteramente opuesto de sujetar á la nacion á extraño yugo. ¡Oh! si la lógica y la moral no fueran cosas de que bien poco caso hacen los déspotas que juegan con la suerte de los pueblos, de rodillas deberia caer Napoleon III, para pedir perdon de sus inexplicables inconsecuencias, de su nefando maquiavelismo.

Continuando el falaz Drouyn de L'huy's su enumeracion de las razones dadas al conde de Sartiges, manifiesta los inconvenientes de la existencia de dos soberanías distintas, cuyo choque no se ha logrado evitar con el frecuente cambio de generales en jefe del ejército de ocupacion; y pasa luego á encargarse de las discordias nacidas de la diferencia de principios políticos, complaciéndose en asentar que los de la Santa Sede se encuentran en oposicion con las ideas de la época actual. ¿No teme quien tales cargos formula, que se eche en cara á su turno á la política napoleónica, su falta de todo principio fijo, sus repetidos actos, opuestos tambien á la ilustra-

cion del siglo, y propios solamente del tenebroso período de la edad media?

La nota en que tantos primores se contienen, acaba con una nueva contradicción: la de prolongar todavía esa misma ocupación, cuyos males se han deplorado con tanta elocuencia. Anúnciase, no obstante, su término para dentro de dos años, expresándose que va á cesar por la traslación de la capital de la Italia, de Turin á Florencia, y por las disposiciones conciliadoras y pacíficas de que está animado el gobierno italiano respecto de la Santa Sede. Dudamos que haya en el mundo quien crea que el gobierno francés descansa en esa seguridad, de cuya impotencia debe estar más convencido que nadie. Los italianos no renuncian á tener á Roma por capital; y no bien supo la junta nacional romana que se había firmado el tratado de 15 de Setiembre, cuando publicó una proclama, en la misma residencia del Sumo Pontífice, dando por vencido el principio de no intervención, y sosteniendo que el convenio no quita á los romanos el derecho de anexarse al reino de Italia, ni á este el de aceptar la anexión.

Para llevar Napoleon adelante su plan contra la Santa Alianza, caminando por la vía de liberalismo en que ha entrado de repente, quiere contar, á mas del apoyo de la Italia, con el de la España, á cuyo rey nominal hemos visto ya que recibió con gran festejo en Paris. El gobierno español, dirigido actualmente por el hombre despótico y atrabiliario, que es ya generalmente conocido con el epíteto del *brutal* Narvaez, fluctúa sin duda entre sus marcadas tendencias al retroceso, y su servilismo cada vez mayor á la política francesa. Poco eficaz ha de ser, por otra parte, el auxilio que pudiese prestar la España para una lucha exterior, cuando en sus negocios interiores existen complicaciones gravísimas,

emanadas del desgobierno de que adolece. El nuevo gabinete se ha inaugurado con una política, que le está concitando la animadversión pública. El general Prim, reconocido como uno de los principales gefes del partido progresista, fué desterrado á Oviedo. Se ha permitido que vuelva á España María Cristina, tan detestada del pueblo. Las cortes han sido disueltas, convocándose á los electores para el 15 de Noviembre. Exasperados los ánimos con actos semejantes, preparábase ya la resistencia, la que no se sabe hasta dónde llegará, puesto que se hablaba hasta de un plan republicano bastante ramificado, con el que se pondría en peligro el trono de Isabel II.

A las complicaciones políticas reseñadas, se añade para mas enturbiar el estado de la Europa, una terrible crisis monetaria, provocada por causas desconocidas para nosotros, á consecuencia de la cual se estaban sucediendo sin interrupción las quiebras en los principales mercados comerciales del viejo mundo.

Se ve, pues, que la situación europea está muy lejos de inspirar confianza fundada de que se conserve en aquel continente la paz. La renovación de la Santa Alianza; la reanimación de la esperanza de la unidad italiana; la probable destrucción del poder temporal que han debido los Papas á Carlomagno; el anuncio de una revolución política y social en España; los desastres de una crisis monetaria, son otros tantos alarmantes síntomas precursores de una conflagración general.

A ella no puede ser extraña la Francia, ni lo sería aun cuando el conflicto quedara reducido á menores proporciones. Tampoco su estado interior es del todo bonancible, procediendo sus principales dificultades de ese afán necio de expediciones guerreras, con las que se paga á precio bien caro el halago que se procura á la vanidad nacional, para

que así se sienta ménos la pérdida de las libertades públicas.

La insurreccion argelina, no sofocada todavía, ha exigido la presencia del mariscal Mac Mahon, duque de Magenta, nombrado gobernador general de aquel territorio. Así, en todas partes luchan los pueblos contra el dominio extranjero. Argel desafía el poder colosal de la Francia. La Polonia resiste al formidable de la Rusia, admirando con su constancia al mundo, el cual contempla atónito á la nacion-mártir, al ver que tiene todavía en sus venas sangre que derramar. Santo Domingo se opone á volver á caer bajo la férula española. México no cesa en su propósito de sostener, con invencible constancia, la contienda contra invasores y traidores. En Africa, en Europa, en América, se combate con heroismo simultáneo por la subsistencia de nacionalidades abandonadas á su propia suerte, sin más amparo que su justicia, sin otro apoyo, á lo sumo, que el de una estéril compasion.

Ha habido en el gabinete frances una pequeña modificación, incomprensible é insignificante. Rouland ha dejado de ser ministro, presidente del Consejo de Estado, para encargarse de la direccion del banco de Francia. Vuitry ha dejado de ser gobernador del banco de Francia para encargarse del ministerio vacante, con la presidencia del Consejo de Estado. No se sabe lo que significa este cambio de puestos, para el que ni siquiera cabe la explicacion de que haya querido el gobierno mejorar de orador, porque se ha tenido por conveniente suprimir los debates en el cuerpo legislativo, cuyas sesiones han debido abrirse el 2 del presente mes de Diciembre. A pesar de que se ha alegado como causa de ese mutismo forzado, la conveniencia de que no se embarace con una larga discusion un gran proyecto de Fould, relativo á

solicitar un préstamo de cerca de mil millones de francos, para fomento de ferrocarriles; natural y fundada es la sospecha de que uno de los principales motivos, si no el capital, de la supresion de los discursos parlamentarios, es el justo temor de que sean comentados, cual corresponde, los miserables resultados de la expedicion francesa en México. La verdad, á la que no se puede poner una mordaza como á tribunos imparciales, encontrará otros caminos para abrirse paso. La mano del tiempo descorrerá el velo con que se procura ocultar los sucesos: y entónces se verá patentemente cuán enormes, cuán estériles, han sido los sacrificios exigidos á la Francia, para una empresa sin resultados satisfactorios.

El paternal cariño que nos profesa Napoleon III, le ha estimulado á ocuparse desde ahora de la sucesion al trono mexicano, para el caso probable de que siga la esterilidad de la gentil Carlota. Nuestro magnánimo benefactor se inclina al príncipe de Flándes, hijo segundo de Leopoldo, rey de los belgas. El emperador de los franceses, seguro de que á todos sus planes han de decir amén los intervencionistas mexicanos, establecerá á su tiempo la fábrica de popularidad, empleada con tan buen éxito en favor de Maximiliano, y resultará probado á los ojos de la Europa, que tambien el príncipe de Flándes es aquí el ídolo del pueblo.

La salud de Napoleon sigue en visible decadencia. Sin embargo de que se estaba procurando con el mayor empeño ocultar esta noticia al público, para evitar la alarma consiguiente á su circulacion, no han faltado indiscretos que la han revelado tal como es en sí. Uno de los síntomas más alarmantes del progreso de la enfermedad, es el de la extraordinaria repugnancia del emperador á todo trabajo, siendo así que era ántes notable por su laboriosidad. General-

mente se cree que se trata de un mal demasiado grave, para el que acaso serán ineficaces los auxilios de la medicina.

Segun estaba previsto, el imperio mexicano ha sido reconocido por la mayor parte de las cortes europeas. D. Francisco S. Mora ha sido oficialmente recibido, como ministro de Maximiliano, en San Petersburgo y en Stokolmo. Poco ó nada importa en realidad este reconocimiento, una vez que ni los rusos ni los suecos tienen que ver en nuestros negocios, en los que no es presumible que ejerzan jamas influencia alguna.

Tampoco es de importancia el reconocimiento del imperio mexicano por Víctor Manuel. Siguiendo el rey de Italia el ejemplo de su maestro y tutor el emperador de los franceses, no vacila en marcar su conducta con esos rasgos indelibles de injustificable inconsecuencia, con los que se hace patente á los ojos de todos, que acciones atribuidas en otro tiempo á sentimientos patrióticos y caballerosos, no eran sino la máscara con que se cubrian miras del mas bastardo interes personal. El monarca que ha jugado su trono y su porvenir por libertar á su patria del yugo austriaco, pudo parecer grande mientras se creyó que lo animaba el deseo de la emancipacion de la Italia; pero tan ventajoso concepto, ya muy debilitado desde que se le vió detenerse en su empresa, por no desagradar al aliado que habia faltado á sus compromisos mas solemnes, y desde que empleó contra el herido de Aspromonte las armas que hubiera debido reservar para la guerra de la independencia nacional, acabará de perderse, á lo ménos para nosotros, al contemplar la facilidad con que aplaude, cuando se trata de México, lo que le ha parecido detestable respecto de su propio país. El que reconoce como emperador mexicano al manequí de Napoleon, no es digno

de que cifa sus sienes el laurel reservado para las nobles de Cavour y Garibaldi.

La misión diplomática enviada á Víctor Manuel, ha causado á su vez profundo disgusto en Viena, no por la conducta que ha observado el monarca italiano, sino por la del archiduque austriaco. Dirigiéndose este al monarca que lleva el título de rey de Italia, se ha creído que ha cometido una grave falta para con su patria y para con su familia, donde no se transige todavía con el nuevo carácter asumido por el antiguo soberano del Piamonte.

Hasta el discurso pronunciado en el acto de la recepcion por el ministro de Maximiliano, D. Gregorio Barandiarán, ha sido para los periódicos austriacos motivo de burla y sarcasmo, porque habiendo hablado el llamado representante de México de la fraternidad que debe reinar entre esta nacion y la Italia por la comunidad de raza, han preguntado aquellos diaristas, qué tienen de comun los indios, que forman la mayoría de la poblacion mexicana, con los italianos, descendientes de los antiguos romanos y de los césares. Para estar á su vez representado en México, iba Víctor Manuel á mandar una legacion, la que pensaba encomendar al caballero Gambarotta, ó al comendador Nigri.

La España, dominada últimamente por gabinetes retrógrados é impopulares, no podia quedarse atrás en la aceptacion de los hechos emanados de la política francesa. Tambien nuestra antigua metrópoli ha reconocido á Maximiliano, siendo este uno de los actos del ministerio Mon-Pacheco, fiel á sus antecedentes de odio á la nacion mexicana. En boca de la reina se puso un discurso, contestacion del de D. Francisco Facio, en el que figuraron por supuesto la religion, el orden y la verdadera libertad, como bienes de que serémos deudores al príncipe austriaco. La España será re-